



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Europa, una superpotencia para la humanidad

Autor: Rocard, Michel

Forma sugerida de citar: Rocard, M. (1989). Europa, una superpotencia para la humanidad. *Cuadernos Americanos*, 6(18), 18-22.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 18, (noviembre-diciembre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EUROPA, UNA SUPERPOTENCIA PARA LA HUMANIDAD

Por *Michel* ROCARD

EL RITO CASI obligado que consiste en pedir a un gobernante que tome la palabra, cuando en realidad todos saben que tiene poco tiempo, es un riesgo temible que ustedes asumieron en nombre de no sé qué actitud pérfida y que ha constituido para mí un reto, un desafío grave. La Revolución Francesa nos plantea problemas a todos, y como gobernantes tenemos que presentar siempre excusas a aquellos que durante la época o posteriormente sufrieron tanto en nombre de tan grandes principios. Es un desafío que me ha llenado de entusiasmo, y todos ustedes me han llevado a reflexionar, y por ello quisiera darles las gracias. La Revolución Francesa, Europa, la violencia en la política. Acepté el reto; ahora bien, ustedes van a tener que escuchar frases lapidarias, contundentes, es decir, epígrafes de capítulos que no tendré tiempo de desarrollar.

En la Revolución Francesa se contienen grandes logros: los derechos humanos, la soberanía popular, la ruptura con un orden fundado en la desigualdad y fundamentalmente la noción de ciudadanía. Pero también hay una intuición fabulosa muy a menudo olvidada por la sociedad que se va a fundar, de una imaginación social sorprendente. Pienso en la reserva extraordinaria para el futuro que representan las medidas emancipadoras, que no se aplicaron entonces de forma duradera y que algunas todavía no han sido aplicadas en la actualidad. Creación de miles y miles de ayuntamientos donde cada cual podía sentirse artífice de su propio destino, el reconocimiento de las minorías religiosas, la abolición de la esclavitud, la instauración de la instrucción gratuita y de un auténtico sistema de educación nacional. La instauración del matrimonio civil y de la libertad de divorcio por consentimiento mutuo, libertad instaurada, suprimida y otra vez restaurada, y que se ha

vuelto a aprobar hace 12 años en las mismas condiciones en las que se promulgó durante la Revolución.

No hay que olvidar tampoco el estatuto de protección a la infancia, la igualdad jurídica entre hombre y mujer en cuanto al derecho del matrimonio, sin olvidar el artículo 4 de la Constitución, que declaró ciudadano a cualquier extranjero domiciliado en Francia al cabo de un año de residencia, o la fórmula de Saint Just que describe un modo de vida que se anticipaba a su tiempo: los que se quieren por ese solo hecho son ya marido y mujer.

Pero lo que me parece más específico, lo que en su relación con Europa distingue más a la Revolución Francesa de la democracia inglesa por ejemplo, es que estas contribuciones no solamente se encaminan a desarrollar derechos políticos y sociales en el territorio nacional, sino que constituyen una auténtica transferencia de valores al mundo entero.

Los revolucionarios franceses llevaron los derechos humanos y del ciudadano al resto de Europa. La gran característica de la Revolución Francesa es la de que no solamente vio el derecho desde el punto de vista universal sino que quiso también que esa universalidad de los derechos se realizara en la transformación política de las naciones. Este entusiasmo, este dinamismo, esta voluntad de compartir los logros, esta voluntad de ampliar el espacio de libertad, fue lo formidable de la epopeya revolucionaria.

Los soldados del año dos, a los que en palabras de Victor Hugo la Revolución gritaba: "Voluntarios, morid por liberar a los pueblos hermanos", respondían: "Sí". Soldados generosos, imberbes y descalzos.

Hegel escribió: "Desde que el Sol está en el firmamento y desde que los planetas giran en torno a él, no habíamos visto al hombre basarse en la idea y construir la realidad de acuerdo con esta idea; y ese fue un hermoso despertar del Sol, una emoción sublime reinó y el entusiasmo del genio del espíritu estremeció al mundo".

No olvido que existe otra imagen de la Revolución, en la que el estremecimiento de Europa no es de entusiasmo, sino de terror. ¡Cómo olvidar a Goya! El 2 de mayo vemos la libertad y los fusiles franceses, pero no están en el mismo lado. La libertad de un lado, los fusiles de otro, que apuntan contra ella.

Al ejército revolucionario sucede el ejército napoleónico y la cruzada del imperialismo francés, su relación con la violencia, tema de este debate. Derechos humanos proclamados tibiamente pero

con violencia dentro del país. El terror, la violencia, violencia también en el exterior, la guerra. Hablar de esta contradicción no significa ceder a la tentación irrisoria de juzgarla, no se trata de elegir ni de condenar, sino de entender.

La Revolución es un bloque, dijo Clemenceau cuando se iba a celebrar su primer centenario. Yo prefiero la cita de Mitterrand: "La Revolución es un todo". Un todo se conforma con las complejidades, con las contradicciones, es un todo complejo y contradictorio. La figura emblemática de esa contradicción es, naturalmente, Robespierre. Abogó con firmeza en contra del uso de la violencia dentro y fuera del país, luchó contra Condorcet y contra otros para abolir la pena de muerte, y fue casi el único en oponerse a la guerra con palabras realmente contundentes.

La idea más extravagante que pueda nacer en la mente de un político es pensar que basta con que un pueblo armado invada otro país para imponer su ley y su gobierno; a nadie le gustan los misioneros armados. El mismo Robespierre pidió la pena de muerte contra aquellos que consideraba enemigos de la nación. Fue él también quien aplicó la política de la guerra revolucionaria.

Pero esta contradicción entre el ideal y lo que hizo la Revolución no autoriza a decir que la violencia se halle en la base de la Revolución Francesa. Otros lo han dicho antes que yo, madame de Staël y Benjamin Constant dijeron: "La violencia no nace con la Revolución, es un desarrollo posterior".

La violencia era una heredera, pero en la historia de las ideas es fundadora, porque fragua para uso universal nuevos conceptos de derecho, muy nuevos, para que se puedan aplicar un día en su totalidad.

La Revolución no discute con sus enemigos, los tritura, decía Saint Just, los aplasta, eso dijo Saint Just en 1794. La Revolución se halla en un proceso que la lleva a excluir cualquier oposición, cualquier cosa que constituya una amenaza para la unidad de la nación. En cambio, nosotros, europeos de hoy, sabemos que la democracia es la coexistencia pacífica de posiciones encontradas, es la representación institucional de la legitimidad de las oposiciones. Los revolucionarios tuvieron que quemar etapas, por lo que la enseñanza principal que tenemos que sacar de la Revolución es la incompatibilidad entre la rapidez de las transformaciones y su persistencia. Los revolucionarios no tenían opción. Si yo aspiro a que la política sea modesta sin renunciar a la ambición, es porque sé que en la historia los tiempos más intensos son los tiempos más

temibles, más terribles, y porque también sé que siempre que exista una voluntad duradera tiene que existir una voluntad de compromiso, con el enfrentamiento como mal menor.

Para hacer realidad una Europa duradera no podemos aspirar a hacerla con prisas, hay que armarse de paciencia y buscar el consenso. Se habla mucho de bancos centrales; se nos juzgará.

Las trece colonias, embrión de los Estados Unidos, tardaron más de cien años en realizar su unión. Siempre tropezamos con las naciones, con las soberanías nacionales, soberanías que son el legado de la Revolución, legados enmascarados. Una nación depositaria de una soberanía confiscada a los monarcas. Esta nación adquirió una existencia autónoma en contra de las aspiraciones universales de sus autores, instrumento de una apropiación necesaria de la soberanía en el plano interno. Esta nación se transformó en un factor de fragmentación a nivel externo, allanó las fronteras interiores para elevar nuevas barreras entre los pueblos y reforzarlas. El primer aspecto era positivo y se lo agradecemos a la Revolución, el segundo fue un inconveniente, un error que vino después, del cual la Revolución no es profundamente responsable. Vale como testimonio el hecho de que las ideologías más terribles aprovecharon esta noción de soberanía.

Hoy tenemos que vivir con ello y no es nada fácil, y, si algún día conseguimos, como lo deseo, construir una nación europea, nadie sabe qué forma tendrá exactamente, pero podemos prejuizar qué es lo que no va a ser; no será una monarquía, esto puede parecer evidente, pero no hay que olvidar que seis de los doce países son repúblicas, sólo seis, y la nuestra la más antigua. Esta supervivencia no es precisamente anecdótica.

Se puede vivir perfectamente en una monarquía siempre y cuando sea democrática; ahora bien, existe una diferencia entre un súbdito libre y lo que es un ciudadano. No quisiera herir la sensibilidad de nuestros colegas británicos y españoles, pero la república tiene más facilidad de ampliación, de extensión. Los que soñaban con una república universal lo habían intuido.

A escala europea, a escala de nuestro futuro previsible, la nación es un elemento de identidad para cada uno de nosotros, pero sus fronteras son un desafío a la razón y un obstáculo a la felicidad de todos, esa felicidad de la que habla el preámbulo de la declaración de los derechos humanos. No he olvidado el mensaje universal de la Revolución, y, si tanto me aferro a la unidad europea, es porque soy europeo por mi cultura, por eficacia y por afán. Recor-

darán ustedes el sueño de Hugo: "En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siglo siguiente se llamará la humanidad". Una nación ya muy transformada.

Una nación ya muy transformada.

El vínculo que establezco entre la Revolución Francesa y la construcción europea tiene un alcance universal y refleja las aspiraciones de emancipación social de la Revolución. Si queremos construir una Europa que sea una superpotencia, no queremos hacerlo para que sea la primera, segunda o tercera de las superpotencias, sino para que sea otra clase de superpotencia que actúe al servicio de la humanidad, un nación definitiva, como decía Victor Hugo.

Hoy faltan las naciones que puedan hablar en nombre de los intereses de los demás países, Europa es el esbozo de esa nación.

La nueva conciencia de la fraternidad de los hombres que estaba en el corazón de los revolucionarios construye el corazón de nuestros sueños. Montesquieu, cuyo tricentenario coincide con el bicentenario de la Revolución, escribió:

Si hubiera sabido alguna cosa que me hubiera sido útil y que hubiera sido mala para los míos, la habría apartado de mi mente. Si hubiera sabido alguna cosa útil para los míos y que no lo hubiera sido para mi patria, habría tratado de olvidarla. Si hubiera sabido una cosa útil a mi patria y que hubiera sido nociva para Europa o que hubiera sido útil para Europa pero mala para el género humano, la hubiera rechazado como si de un delito se tratara.

Esta cita, para mí, es un buen consejo y una buena conclusión. Muchas gracias.